

TRINIDAD, MISIÓN E IGLESIA

Se puede hablar del trinomio Trinidad, Misión e Iglesia en términos de correlación, o más bien de coextensividad, en el sentido de que las tres realidades no son inteligibles por separado; por el contrario, si leemos cuidadosamente el paralelo entre *Lumen gentium* 2-5 y *Ad gentes* 2-5, las tres se incluyen y se complementan recíprocamente. La Iglesia es el icono de la Santísima Trinidad y la *missio Dei* está en el origen de la misión de la Iglesia.

«La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre» (*Ad gentes*, 2). Esta afirmación de los Padres conciliares justifica hablar de la correlación fundamental y vital entre la Iglesia, la Trinidad y la misión. Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, hace una síntesis importante de las relaciones mutuas e indisolubles entre la Iglesia y la evangelización cuando afirma que la Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los doce apóstoles (cf *Evangelii nuntiandi*, 15). Más tarde fue enviada por Cristo y, como depositaria de la Buena Noticia, en primer lugar, está llamada a evangelizarse a sí misma. Esta interdependencia ontológica entre la misión y la comunidad eclesial refleja incluso la naturaleza del Dios uno y trino que es a la vez comunión y misión. El carácter sacramental de la Iglesia es posible en la medida en que esta última es el «icono de la Trinidad». Y si la Iglesia es un signo profético de la familia trinitaria e instrumento del don de la misión, es en virtud de su generación en el ágape de la comunión trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El misterio del Dios uno y trino es, por lo tanto, el fundamento, el principio y el paradigma de la Iglesia, el término y el cumplimiento de su peregrinación terrenal. La Iglesia es partícipe «del amor» y

está destinada «al amor» divino, por el cual es sacramento y participación de la Trinidad, siendo *Ecclesia de Trinitate*; vive de ella, como *Ecclesia in Trinitate* y tiende hacia ella como *Ecclesia ad Trinitatem*. La palabra «sacramento» que se utiliza en la *Lumen gentium* 1 en referencia a la Iglesia, significa signo e instrumento de la íntima unión vertical con Dios y de la comunión horizontal de todo el género humano. Para el Concilio Vaticano II, el término sacramento, cuya connotación es dinámica, define a la Iglesia contemporáneamente como don y misión. Cada uno de sus miembros no solo tiene dones y una misión, sino que intrínsecamente constituye un don y una misión (cf *Evangelii gaudium*, 273). Por esta razón, la Iglesia y sus hijos e hijas, como signos e instrumentos, hacen visible la misión del Dios invisible y reflejan de manera tangible la comunión trinitaria que, en la dinámica del *exitus* de Dios, revierte en beneficio de toda la humanidad.

La «re-unificación», que evoca la carta a los Efesios (cf Ef 2,13-22), es la «destrucción», por parte de Dios, de un fuerte odio a la separación enraizada en el hombre. En su relación con el hombre pecador en lo específico, y con todas las personas esclavas del pecado en general, es Dios quien da el primer paso. Es él, el Santo de los Santos, quien se dirige y camina en comunión con aquellos que estaban lejos de él. Él erradica el odio enterrado en la intimidad de los hombres. Acerca a los hermanos y hermanas que una vez estuvieron separados y los reúne a su alrededor: hace una comunidad, la Iglesia. La Cruz es la fuente del sacramento del amor inquebrantable y de la comunión de Dios con el hombre. La Iglesia, comunidad de fieles reunida por Dios gracias al sacrificio de su Hijo, es la comunidad de Dios. La Iglesia de Dios es, pues, la comunidad de hombres y mujeres animada por una nueva fuerza, la gracia de Dios que perdona, reconcilia y construye la unidad. La Iglesia es una comunidad transformada en la intimidad de sus fibras humanas gracias al Espíritu Santo. La Iglesia nace de la comunión divina y recibe de su Señor el don y el ejercicio de la comunión.

La Iglesia de Dios, misterio de comunión, está dirigida a la vocación universal a la salvación. Por supuesto, se expresa de mil maneras diferentes en sus miembros individuales, pero no se cierra en su individualidad. El

horizonte de la Iglesia es el horizonte de Dios, Señor de la comunión en su Hijo Jesucristo por medio del Espíritu. La Iglesia, pueblo de Dios en comunión, nació de la destrucción de todo odio y de todas las barreras, fuentes de división. Está anclada en el *ya y todavía no* del «cumplimiento» y de la perfección de comunión de la humanidad en Dios. La Iglesia *unión*, o mejor aún, la Iglesia *comunión* históricamente hunde sus raíces en la historia de Israel. La Iglesia encuentra sus orígenes en Dios «antes de la creación del mundo» (Ef 1,4). Ella no puede ni debe separarse de su fuente. Todo lo que no contribuye a la comunión eclesial es contrario a la naturaleza de la Iglesia. Así leemos en la constitución dogmática sobre la Iglesia: «Todos los hombres están invitados al pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos (cf Jn 11,52)» (*Lumen gentium*, 13). Cristo es el artífice de la «recapitulación» en la cual, y a través de la cual, tiene lugar la «reconciliación» por medio del que es el único mediador entre Dios y los hombres, en la creación y en la redención.

Antes de ser una actividad de la Iglesia, la misión es *actio Dei*, una actividad divina, porque Dios, en Jesucristo y en el Espíritu Santo, es el primer misionero, que «sale de sí mismo» enviando y siendo enviado. Como resultado, entre la *missio Dei* y las *missiones Ecclesiae* hay un vínculo de posterioridad, de subordinación y de participación de estas últimas respecto a la primera. La actividad misionera de la Iglesia es verdadera y significativa solo en la medida en que opera, participando en la continuación y en la renovación de las procesiones intra-divinos en la historia; en la prolongación y en el desarrollo de la autocomunicación *ad intra* y *ad extra* del Dios uno y trino en el espacio y en el tiempo. Epifanía del reino de Dios, la Iglesia desempeña principalmente un papel profético y sacramental, pero nunca idéntico o sustitutivo de la *missio Dei*: su trabajo misionero y las misiones divinas son diferentes tanto en el *modus operandi* como en las personas que las realizan. Mientras que Jesús es, al mismo tiempo, por su naturaleza, el mensajero y el que envía, el heraldo y la autorrevelación del Reino en su

propia persona, la Iglesia y el discípulo misionero actúan por participación y testimonio, encargados de hacer tangible el don del amor de Dios. La Iglesia en su misión nunca reemplaza a Dios ni a su obra. Participa eficazmente, en los sacramentos nos hace contemporáneos a la salvación y se manifiesta como el reino de Dios al comienzo de su peregrinación terrena. Esta dinámica se pone en marcha solo si la Iglesia se compromete a ser el signo obediente y el instrumento del don de la gracia y su misión se inserta en el proceso de la «salida del Dios trinitario», que se autocomunica personalmente a través de la Encarnación de su Palabra y la efusión del Espíritu de Pascua-Pentecostés. Esta Iglesia, por tanto, de inspiración y origen trinitario, se convierte, en la imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en una «comunidad en misión». En virtud de esto, debe hacer que el don de la salvación sea accesible a toda la humanidad, ya que no es un pueblo llamado y escogido por sí mismo y para sí mismo, sino enviado y comprometido en difundir la gracia de la Alianza con Dios más allá de sus fronteras estructurales, de sus confines visibles (cf *Lumen gentium*, 13-17).

La coexistencia recíproca del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la Iglesia es, por tanto, una vocación, una llamada a hacer perenne esta comunión activa y pasiva, receptora y donante, dinámica y progresiva, de la Trinidad que, a través de la mediación sacramental de su icono eclesial, quiere continuar entregándose al mundo para salvarlo. En la Iglesia, el don nunca se recibe para preservarlo o esconderlo, sino para que sea comunicado y compartido: el Espíritu de los siete dones no autoriza al cristiano a replegarse en sí mismo; lo alienta, lo empuja, sobre todo a abrirse a Dios y al prójimo, en un salto de generosidad que hace crecer el don. En términos de comunión misionera, se puede decir que el don se convierte en una misión y que la misión se convierte en un don enraizado en la incesante donación y revelación divina, modelado según los movimientos trinitarios. La fe se fortalece dándola.

Una primera deducción misionera sobre lo que se ha explicado anteriormente implicaría que, para la Iglesia, fruto de las misiones divinas, la evangelización se convierte en una gracia concedida por Cristo, un puro

don de elección para participar en la obra misionera de Dios. La apostolicidad hace de la Iglesia una familia, una comunión en misión y una misión en comunión en la ininterrumpida sucesión apostólica de las generaciones de creyentes. La catolicidad, por otro lado, la compromete a ser cada vez más, para todos, un símbolo de unidad en la diversidad y de la diversidad en la unidad.

Una segunda implicación posible sobre la consustancialidad entre la Iglesia y la misión a partir de la Trinidad, consiste en la intersubjetividad eclesial como una analogía del Dios uno y trino. Esto significa que la Iglesia universal, icono de las procesiones y misiones del Verbo y del Espíritu, es el lugar donde la inmanencia, la complementariedad recíproca de los cristianos y la igualdad entre ellos en la diferencia se promueven y viven por analogía con la morada de las Personas Divinas (*perichoresis intratrinitaria*). En resumen, los miembros de la misma comunidad eclesial no coexisten simplemente codo con codo; son pro-existentes, el uno «con, en y para» el otro, en un estado de donación permanente y vocación (bautismo, Eucaristía y matrimonio).

El Dios creador se ofrece a sí mismo generando al Hijo en el Espíritu e instituyendo a través de él una Iglesia-familia, un icono de la «familia» trinitaria. La misión de la Iglesia tiene el único objetivo de comunicar y transmitir esa vida divina que nos hace hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas en Cristo. Nuestra participación en la comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es el objetivo final de la actividad misionera de la Iglesia. Cuando la Iglesia trabaja para fortalecer y rehabilitar los lazos de comunión, de reconciliación, de convivencia, de caridad, de paz y de justicia entre los hombres, entonces realiza la voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres se salven, y actualiza el reino de Dios, que ya existe y que está entre nosotros.

Para alcanzar esta unidad familiar y la comunión fraterna entre los hombres, la Iglesia, en la comunicación y el testimonio de la fe apostólica recibida, debe correr el riesgo de salir de sí misma para aventurarse fuera de sus fronteras visibles y culturales. Salir no significa destruir la casa, el

templo, sino que implica agrandar los espacios y los tiempos de la misión para que la Iglesia pueda corresponder cada vez mejor al amor salvador de Dios, su fundador. Estar en constante *exitus* hacia las periferias geográficas, sobre todo existenciales, consiste en adoptar actitudes proféticas en las iniciativas de diálogo ecuménico, intercultural e interreligioso, para abrir amplias perspectivas de una fraternidad universal en las que todos aquellos que reconocen a Dios como Padre y a Jesucristo como Salvador puedan vivir armoniosamente como hermanos y hermanas.

Para concluir, seguir los pasos del Dios trinitario que se autocomunica empuja a las comunidades eclesiales a distanciarse de cualquier autorreferencialidad egocéntrica y etnocéntrica. En realidad, en la autodonación creadora del Padre, así como en la obra redentora del Hijo y en el proyecto de santificación del Espíritu, toda la familia trinitaria está interactuando, ya que ninguna Persona de la Trinidad actúa independientemente de las otras, sino con, en y para las otras Personas Divinas. La Iglesia debe esforzarse por esta comunión contemplativa e interactiva, armonizando en su seno el ejercicio de los carismas, el servicio de las instituciones y la división de los ministerios, para que todos los fieles en Cristo: laicos, obispos, sacerdotes, diáconos, consagrados, cooperen en la misión, en la única misión de Dios que cumple la Iglesia misma.

Octubre
2019